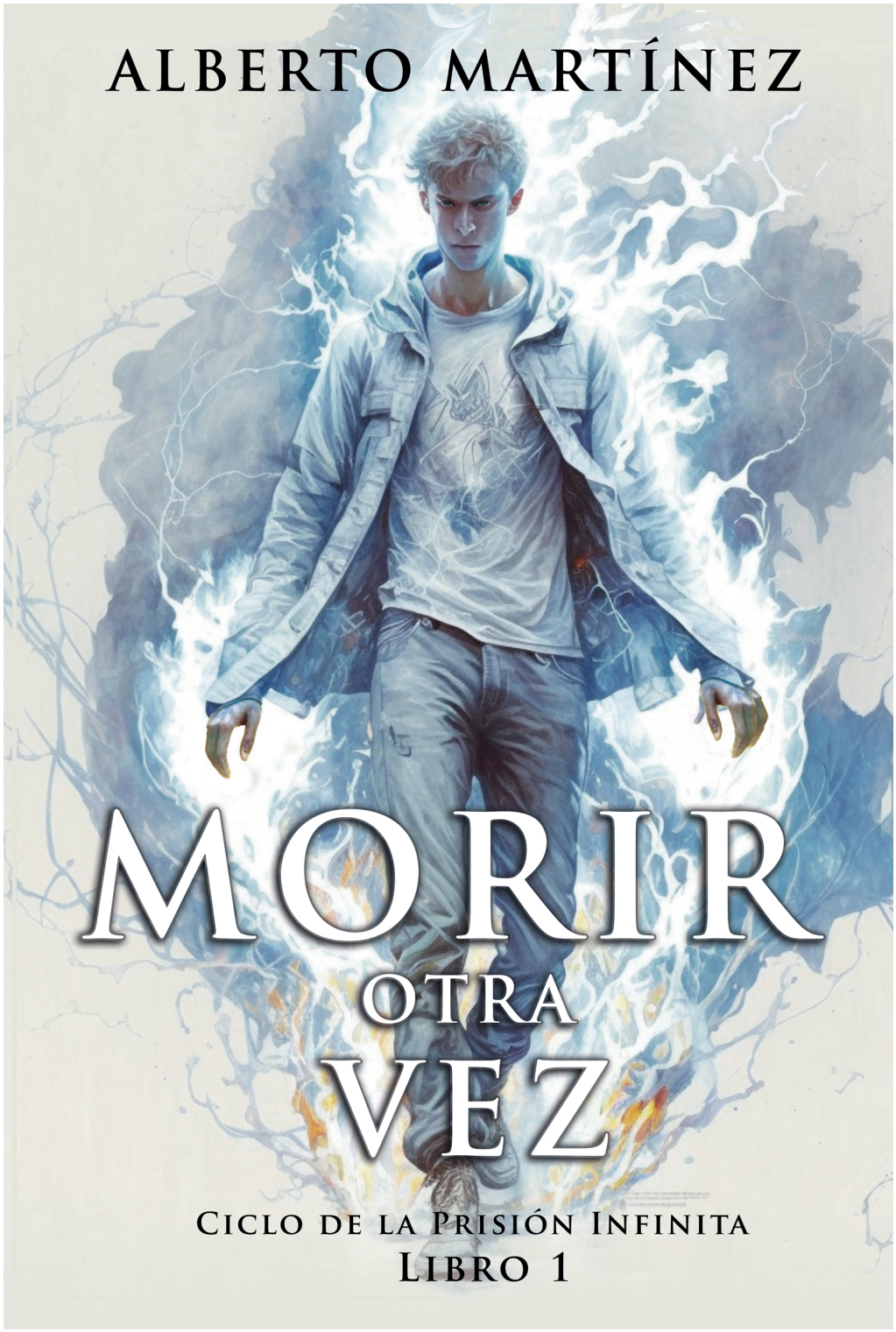
MORIR OTRA VEZ.

Alberto Martínez Sánchez



Capítulo 1

LA PRISIÓN INFINITA *LIBRO I*

MORIR OTRA VEZ

Al abrir los ojos, se sintió confundido durante unos segundos, contemplando un techo color crema con manchas de suciedad, que le era a la vez familiar y extraño. Notó el cuerpo entumecido como cuando has dormido varias horas de más después de una noche de fiesta, y al poco comenzó a advertir las conversaciones a su alrededor… ¿esa era su madre, la que lloraba?... Intentó girar la cabeza y notó algo tirante y molesto en la cara. Quiso quitárselo, pero alguien le sujetó el brazo y se lo impidió. La vista la tenía borrosa, le costaba enfocar.

—¡Está despierto! ¡Está despierto! —gritó alguien a su lado, no supo identificar la voz.

Oyó un rumor de sillas desplazadas y de repente su campo visual se llenó de rostros conocidos y ansiosos…

—¡Brian!, ¿Brian?, ¿Me oyes?

Por el amor de Dios, cómo no iba a oírla si le estaba gritando a unos centímetros de la cara. Esa había sido su madre, con el rostro hinchado y desencajado.

Intentó contestar, pero la garganta estaba seca y tenía algo en ella que no le dejaba tragar… "¿Un tubo?". La comprensión llegó lenta. Ya se había sentido así una vez, cuando unos años antes se encontró entre la vida y la muerte, en el hospital.

EL TIEMPO AUSENTE

0

Ya habían pasado varias horas desde su despertar, y por fin el flujo de visitas de familiares y médicos había cesado y le permitía pensar en su situación.

Con una mano apoyada en la ventana de la habitación, sintiendo el frío del exterior filtrarse a través del cristal y observando el ir y venir de su padre fumando pitillo tras pitillo en la calle frente al hospital, sentía un dominio de sí mismo que, dadas las circunstancias, no tenía sentido alguno. Nadie diría que había estado en coma siete días.

"Una semana… siete días", volvió a pensar.

Sería cosa de la medicación que le habrían estado suministrando, el ser capaz de sentirse tan ajeno a sí mismo. Y eso que costaba de digerir la información que le habían dado en tan poco tiempo. Al menos la pareja de policías que se habían acercado a interesarse por él, se había mostrado comprensiva con su absoluta falta de recuerdos.

Le explicaron que lo encontró una mujer paseando al perro de madrugada, sentado en el suelo y apoyado en la pared de un callejón sin salida, donde se acumulan los contenedores de basura para el servicio de los comercios cercanos.

En un primer momento la policía local intentó despertarlo pensando que era una simple borrachera, pero viendo la ausencia de reacciones, llamaron a una ambulancia cuyos sanitarios tuvieron el mismo éxito que ellos.

Sin lesiones aparentes, negativo en drogas y alcohol, la cartera intacta y conservaba el reloj y el móvil.

No sabían qué le había ocurrido y él, ahora mismo, no recordaba cómo y porqué había llegado allí. No estaba cerca de ninguna zona que frecuentara, ni siquiera le pillaba de paso para ir desde su casa al… ¿trabajo? Sacudió la cabeza, su memoria no andaba bien.

Sus recuerdos de irse a dormir solo, en su piso, bien podrían ser de hace siete días como de un mes.

—¿En qué piensas? —le preguntó su madre. Había sido una presencia

constante a su lado desde que despertó.

Se giró para mirarla, lo que su familia habría pasado durante este tiempo, no podía ni imaginarlo. Estaba muy demacrada y había perdido peso. Su cabello, que siempre recordaba impecable, ahora se encontraba revuelto y descuidado.

Se había opuesto, junto con los médicos, a que se levantara tan pronto. Pero al igual que ellos, tuvo que ceder ante la evidencia de que Brian se encontraba bien físicamente y no tenía problemas para mantener un discurso coherente ni para sostenerse en pie. Siete días en coma y se levantaba y actuaba como si hubiera sido una siesta. El neurólogo aún no se lo creía, al día siguiente le harían una batería de nuevas pruebas a fin de determinar si había daños de algún tipo en el cerebro. Por hoy, le había dejado tranquilo tras consentir en retirarle las sondas, a la espera de ver cómo evolucionaba. Brian sospechaba que aguardaban a ver algún tipo de regresión o incluso contemplaban la posibilidad de que recayera en el coma de súbito.

—En nada particular —le respondió a su madre con un leve encogimiento de hombros.

—Tengo tantas cosas dándome vueltas en la cabeza que no me decido por ninguna. — Y añadió sonriendo:

—No está mal para alguien que no ha tenido casi actividad cerebral durante una semana.

Su madre lo miró furibunda durante un segundo:

—No hagas bromas con eso —dijo casi murmurando. En cualquier otra ocasión, habría sido más tajante, que estuviera tan contenida indicaba lo preocupada y agotada que se encontraba.

—¿Habéis ido a mi piso? — se le ocurrió a Brian de repente.

Su madre afirmó con la cabeza:

—Con la policía, el segundo día de… bueno. Fue tu padre con ellos, lo revisaron todo, pero no parecía que se hubieran llevado nada...

—¿Llevado algo? ¿Y eso? —la interrumpió.

—No tenías las llaves de casa encima, es lo único que echamos en falta en ese momento. No sabían si te habían agredido o qué, igual para robar en la vivienda…

—Nunca salgo sin las llaves, lo compruebo siempre antes de salir… ¿Han aparecido?

—No, pero tu padre junto con la policía local pidió a un cerrajero que cambiara la cerradura, por si acaso…

Brian no advirtió el gesto de extrañeza de su madre al mirarle, hasta que la oyó decir:

—¿A dónde vas?, ¿Brian?

Mientras hablaban, él se había separado de la ventana y aproximado con lentitud a la puerta cerrada de la habitación, ya estaba sujetando el pomo de la puerta cuando su madre le sujetó con firmeza de la muñeca.

Se giró hacia ella, la mirada vacía.

—¿Qué? —preguntó, con tono seco.

—En el pasillo hace mucho frío como para salir con la bata del hospital, ¿no crees? —dijo ella, la voz tensa de preocupación.

Brian se volvió hacia la puerta, dudando. Después de un instante, que a su madre se le hizo eterno, relajó los hombros y se alejó hacia la cama.

—Mejor me acuesto un rato —dijo para tranquilizarla.

—Sí, mejor —asintió su madre con evidente alivio.

—Voy a llamar a Papá para que vaya a casa y duerma un poco, yo me quedaré en el sofá.

— ¿Seguro? —respondió mirando el destartalado mueble —muy cómodo no parece.

—Después de siete noches, ni lo noto —y salió de la habitación mientras conversaba por teléfono.

"Tengo a todo el mundo esperando que se me vaya la cabeza en cualquier momento", pensó Brian.

Encendió la televisión con el mando y seleccionó las noticias del canal 12. Su madre regresó a la habitación y al poco también las estaba mirando, cosa que él aprovechó para observar de reojo la puerta… tenía la absoluta certeza de que alguien había estado escuchando desde el otro lado.

—Madre mía, como está el mundo —oyó decir a su madre sobre alguna

noticia.

—Pues sí —contestó él distraído —no tenemos ni idea.

1

Eneas bajó despacio la tapa del contenedor de basura, y guardó su improvisado gancho metálico dentro del viejo carrito de la compra que arrastraba. Hoy no había suerte; en muchas ocasiones las chicas de la tienda de la esquina le dejaban algo de comida en una bolsa colgada del interior, pero esta vez no había nada.

"A la próxima", pensó, y se subió el cuello de la chaqueta un poco más.

La noche avanzaba y la temperatura comenzaba a caer. Mejor volvía a su refugio en el callejón de los almacenes.

Era uno más de tantos sin hogar que sobrevivía como podía gracias a la caridad y a algún trabajo esporádico y, sobre todo, a la basura del resto de la humanidad.

"La basura de un hombre, es el tesoro de otro", se repetía a menudo. No porque lo creyese en realidad, la basura es, casi siempre, basura; pero había leído la cita en un sobre de azúcar en tiempos mejores, y le reconfortaba recordarlo.

La verdad es que había llegado tarde a su cita con el contenedor, así que era posible que alguien se le hubiera adelantado; cada vez había más competencia. Pero se había pasado la tarde esquivando a la policía local y a los de servicios sociales, empeñados en llevarlo a un alojamiento temporal de emergencia por la alerta de bajas temperaturas. Para cuando se dio cuenta y consideró que podía regresar a su ruta habitual, ya era de noche.

No se cruzó con nadie en todo el trayecto, que hizo cojeando con levedad, hacía la callejuela donde habitaba. Los charcos se habían helado, cosa que no recordaba ver desde crío, y una ligera neblina se estaba formando… eso tampoco era muy habitual, reflexionó.

El callejón era estrecho al principio, y se iba ensanchando conforme avanzabas por el mismo. El lateral derecho estaba tan lleno de contenedores de basura y cartón que, en la entrada, debido al poco espacio, formaban un auténtico cuello de botella. Tan largo, que los servicios de recogida solo vaciaban los primeros y el resto llevaban años sin moverse ni vaciarse, la mayoría sin ruedas y con el metal perforado por un óxido perenne que nunca acababa de deshacerlos del todo.

Eso le venía muy bien, dado que detrás de uno de ellos, y oculto a las miradas indiscretas por unas enormes planchas de uralita apoyadas en la pared, se encontraba su "hogar".

Un rápido vistazo tras de sí para comprobar que no le veía nadie, y se coló bajo las uralitas. Allí, camuflada por capas y capas de pintura y carteles viejos, se entreveía una puerta metálica con un candado grande.

Metió su mano por el cuello del jersey para coger las llaves que llevaba colgando. Había sido un descubrimiento fortuito durante sus sesiones de "pesca" por la basura, y lo cierto era que le había salvado la vida.

Se introdujo con rapidez en un pequeño cubículo con forma de ele, en el que había instalado un colchón en el rincón de la derecha. Por lo que había sido capaz de deducir, era la antigua entrada de trabajadores de lo que parecía ser una fábrica.

¡Hasta había un escritorio enorme de madera y estantes llenos de fichas perforadas! ¡Hasta luz eléctrica! Esa fue la mayor sorpresa, aunque casi nunca la usara por temor a que en algún lado advirtieran el consumo en un lugar en teoría abandonado. La única bombilla daba una luz pobre y anaranjada, pero era un lujo absoluto contar con ella, aunque fuera por unos segundos al día.

Tenía una pequeña pila de libros encima del escritorio y allí dejó su mochila y apoyó el carrito con sus "capturas".

Era suyo, un hogar; aceptablemente limpio y seco.

"Y seguro", pensó mientras recolocaba el candado, ahora por el interior de la puerta. Esta era gruesa y muy sólida y los goznes estaban bien. Nadie vendría a molestarle porque nadie sabía que existían, ambos, la puerta y el hombre.

—Bueno —suspiró.

Pasar toda la tarde huyendo de los servicios sociales y de su pegajosa amabilidad, le había agotado, así que se dispuso a dormir. Mañana habría que añadir la lluvia al frío y eso complicaría aún más las cosas. No tenía televisión, pero sí buenos oídos, y hoy la gente no hablaba de otra cosa en la calle… consecuencias de la moda de poner nombre a las borrascas. Al parecer no era lo mismo anunciar el mal tiempo, que hablar de la llegada de una ciclogénesis de nombre Laura… cosas de la mercadotecnia.

Se quedó mirando el techo en la oscuridad, donde aún se advertía cierta incandescencia en la bombilla apagada… "marketing". Eso sí que era algo

que tiempo atrás conocía bien.

No tardó en quedarse dormido.

Acababa de cerrar los ojos, o eso le pareció, cuando lo escuchó: un golpe sordo, como el de un fardo pesado al caer al suelo. Y después apenas el murmullo de un caminar furtivo… hasta le pareció oír un maullido apagado.

Parpadeó y se frotó los ojos con la mano.

Sería un gato pensó, salvo que… y se incorporó a medias en el colchón mirando hacia la puerta, salvo que en todos estos años no había visto ni oído a ningún gato en el callejón. Ni gato, ni perro, ni gente… ni siquiera ratas. Siempre le extrañó, sobre todo la ausencia de las ratas, pero como en realidad mejoraba sus condiciones de vida, no le había preocupado. Hasta ahora.

Al fin, la curiosidad venció al cansancio y sacó el candado.

Abrió la puerta con lentitud y en silencio, los goznes bien engrasados porque el silencio era parte del camuflaje, y salió a la estrecha calle.

Caía una ligera llovizna que casi parecía polvo y la neblina y la humedad se habían apoderado por completo del callejón. Había muy poca luz, las paredes eran muy altas y la farola más cercana estaba decenas de metros más atrás, en la entrada.

Suficiente para Eneas, acostumbrado a orientarse así.

Nada a la vista. Recorrió un pequeño tramo hacia el fondo… no percibía movimiento. Miró hacia arriba, la niebla se deshilachaba en la zona alta, el cielo no se veía.

Regresaba despacio hasta su refugio cuando le llamó la atención un objeto de color claro, que destacaba en la suciedad habitual del suelo del callejón.

Se agachó de forma automática para examinarlo y cuando lo reconoció el estómago le ardió y el pulso se aceleró… era el zapatito de un bebé.

2

En medio de la semioscuridad de la habitación, Brian abrió los ojos… era más de medianoche y el hospital permanecía todo lo silencioso que podía estar un lugar atestado de gente enferma; aquí y allá se intuían conversaciones en voz baja y alguna televisión encendida. En el pasillo,

pasos que iban y volvían desde el puesto de las enfermeras.

Otra vez tenía esa sensación, un impulso creciente que le llevaba a querer estar en otro sitio.

Observó a su madre que dormía como podía en el sofá reclinable con demasiadas horas de uso.

"¿Otro sitio?", pensó. Cualquiera sería mejor que este. "Aquí viene la gente a morir" —le pareció oír la voz de su abuelo materno. Sacudió la cabeza, ¿por qué se acordaba de él ahora?

Se sentía bien, pero los médicos querían seguir hurgando, buscando una explicación a lo que le había ocurrido y Brian lo agradecía, pero solo el pensar cuantos días lo iban a mantener en observación, le provocaba cierta ansiedad.

Miró la puerta… total, salir sería muy fácil. Te vistes y sales por cualquiera de los pasillos de servicio, nadie te va a detener. En pocos sitios eres más anónimo que en un hospital.

Estaba pensando que tal cosa le daría un susto de muerte a su madre, cuando se dio cuenta de que ya estaba frente al armario, lo había abierto y sostenía una sudadera con capucha…

—Bien —murmuró –solo un paseo corto.

3

En el callejón, Eneas luchaba por tranquilizarse, el sudor frío corriendo por su espalda y la bilis en la boca... en la mano el zapatito.

"Será viejo, llevará allí años sin ser reclamado, lo tiraría alguien…" todo eso se decía a sí mismo, pero una voz fría en su cabeza le susurraba que, si no lo había visto antes, era porque no estaba.

Allí no iba nunca nadie, ¿cómo iba a llevar alguien un bebé a un lugar así? Porque el zapatito era en extremo pequeño, para un lactante de tres meses a lo sumo.

Se giró en la oscuridad para escudriñar el fondo del estrecho callejón. La niebla ya no le dejaba verlo, pero lo conocía bien.

"Solo no ha llegado aquí, eso seguro", insistió la voz. "Además, ¿qué es esa cosa húmeda dentro?"

Lo sabía, solo que no quería reconocerlo del miedo tan atroz que sentía…

—Sangre, es sangre y está fresca – Eso lo puso al fin en movimiento.

Se levantó y avanzó despacio, el cuerpo encogido y buscando siempre la pared.

En su cabeza se mezclaban las ideas: ¿un secuestro?, ¿un pederasta? ¿Alguien aparte de él había encontrado refugio en aquel callejón? La idea le inquietaba, años llevaba allí y nunca percibió nada. El callejón parecía tener la cualidad de ser inmutable al paso del tiempo y la climatología; siempre igual, siempre vacío, excepto...

—No —sacudió la cabeza desechando la idea —eso era otra cosa...

Se paró detrás de una pila de puertas de madera y marcos de ventana antiguos. Al fondo, el muro de hormigón coronado con unas sencillas verjas que delimitaba el final del callejón, donde este se ensanchaba hasta casi tres veces su amplitud inicial. Dentro, lo que siempre le había parecido un edificio de esos que guardan un transformador eléctrico para el servicio de la barriada.

Examinó el muro. Este llegaba hasta la altura de sus ojos y a partir de ahí, la verja tomaba el relevo para elevarse como metro y medio más allá.

Como todo lo del callejón, parecía vieja, muy vieja, pero pese al óxido superficial se advertía sólida. A su derecha el muro se interrumpía en unas puertas de forja, con un enorme candado sujetando las cadenas que las mantenían cerradas.

"Intacto, si ha pasado por aquí ha saltado por encima", dedujo Eneas, así que se dispuso a hacer lo mismo, con tan mala suerte que, al pasar la segunda pierna por encima, perdió asidero y cayó de espaldas al suelo tras el muro, rompiendo por el camino algunas cajas de madera. Se quedó allí, extendido cuan largo era, el corazón desbocado y esperando que alguien acudiera a comprobar qué armaba tanto escándalo, pero viendo que no venía nadie, se levantó. Comprobó la puerta y las ventanas de la casona; estaban bien cerradas y nada indicaba que se hubieran abierto en años.

Con todo el sigilo del que era capaz, pues era un hombre robusto para su estatura, se aproximó a examinar los laterales del pequeño edificio. Apenas había un metro de separación con la pared del lateral derecho del callejón, pero pese a la oscuridad se intuía relativamente despejado.

En todas sus exploraciones del callejón nunca había llegado tan lejos, siempre se había contentado con llegar hasta el muro, pero ahora, mientras se introducía por el estrecho pasillo esquivando farolas

amontonadas, cajas y objetos de todo tipo, se daba cuenta de que el callejón poseía más profundidad de lo que había imaginado.

Conforme avanzaba, la neblina se hacía más densa y sofocante, el pelo se le pegaba a la frente al igual que la ropa y hacía más calor.

—Dios, que mareado estoy —murmuró. Apenas si podía adivinar sus manos delante de él, andaba casi a tientas.

A punto estaba de darse por vencido, cuando lo volvió a oír, un débil quejido, más adelante.

—Vamos, vamos, —se animó a sí mismo y con un último esfuerzo se lanzó adelante apartando lo que parecían telarañas en su cara.

De repente, advirtió que volvía a ver por dónde iba y eso lo dejó aún más confuso. Incrédulo, parpadeó y miró a su alrededor:

—No es posible, ¿cuándo pusieron una cueva aquí? —murmuró —¿Algún túnel de cuando la guerra? —se preguntó.

No había notado el cambio, pero de repente estaba en medio de una pendiente descendente. Desorientado, pasó la mano por las rugosas paredes. Estas emitían una débil fosforescencia azulada. Extendió ambos brazos, no era muy ancho pues llegaba a tocar ambas paredes a un tiempo.

—He visto cosas en esta ciudad…, pero esto es nuevo —habló en voz alta, mientras se daba la vuelta para contemplar la oscuridad que había dejado atrás.

Se giró de golpe. El quejido otra vez.

Espoleado por la seguridad de lo que este significaba, se lanzó a correr por el túnel.

4

Brian se había contentado al principio con dar una vuelta al recinto del hospital, pero al poco ya andaba por las calles colindantes mirando los escaparates apagados de los comercios sin auténtico interés.

Tampoco es que la ortopedia ofreciera nada del otro mundo, a menos que te interesen las camas mecanizadas o las piernas protésicas, así que siguió caminando y alejándose del hospital.

No hacía más que preguntarse si no debía sacar de todo esto algún tipo de experiencia vital, de reveladora consciencia del sentido de la vida y la

muerte, pero no se le ocurría nada.

—No hay moraleja, chico —rio por lo bajo. Seguía en lo que había decidido llamar el estado de "me la pela" con el que había despertado y que no tenía visos de cambiar por el momento.

Se detuvo un momento frente a un amplio escaparate para ver su reflejo: ¿estaba más delgado?

"¡Hombre, algo bueno para variar!", pensó. Aunque no estaba seguro. Se buscó su familiar "michelín" por debajo de la ropa… le asombró notar que se había reducido mucho.

—Mucho no, muchísimo —murmuró poniéndose de lado para verse mejor. No había reparado en ese detalle en el hospital por increíble que le pareciera.

Una ambulancia salió de estampida por la zona de urgencias, sacándolo de su ensoñación, un escándalo de luces y sirenas en busca de la circunvalación.

"Por ahí no", le llegó el pensamiento.

Fue tan nítido que se quedó clavado en el suelo, los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Vale, al final sí que voy a tener el cerebro dañado —dijo en voz alta. Miró enseguida de reojo hacia atrás, tampoco le apetecía que le encontraran hablando solo.

"Por ahí no", insistió la voz… Por un segundo le pareció reconocerla, pero cuando intentó asirse a ese recuerdo, le entraron náuseas.

—Dios, seguro —masculló. Se apoyó contra la fachada para recuperarse del repentino mareo y se caló la capucha todo lo posible. Volvió a mirar a su alrededor… nadie.

—Muy bien, dime por dónde entonces, no tengo nada mejor que hacer —susurró a la voz en su cabeza.

Aguardó repuesta. Nada, silencio.

Estaba pensando que como profeta era un desastre y que debería informar del episodio al neurólogo o quizás al psiquiatra, cuando notó el tirón. Como si de una cuerda atada a su pecho se tratase, sentía que jalaban de él desde algún lugar, aún impreciso, pero al otro lado de la

población.

—Tenía que ser tan lejos —suspiró poniéndose en marcha y pensando que tenía que haber cogido algo más de ropa de abrigo. Había comenzado a refrescar de golpe a media tarde y ahora ya podía ver las nubecillas de su propio aliento. Metió las manos en los bolsillos frontales de su sudadera mientras aumentaba el ritmo. Acababa de ver a la luz de las farolas que caía una fina cortina de agua, tan liviana que ni la había advertido.

Así no llegaría, tenía que correr… ¿Llegar?, ¿A dónde?, ¿Y por qué corriendo? Un tío con capucha corriendo por la calle de noche, era buscar que te parase la policía y no había cogido su documentación…

Sin embargo, para cuando llegó a la siguiente esquina ya iba al trote, probando que tal le respondía el cuerpo porque nunca fue deportista y llevaba más de una semana en cama sin moverse.

Le asombró lo bien que se sentía, así que, tras otear con rapidez a su alrededor, se lanzó a toda la velocidad que le entregaban sus piernas calle arriba.

5

Eneas avanzaba por el túnel tan rápido como le era posible, pero algunos tramos le obligaban a caminar muy inclinado, casi a gatear. Tardó bastante en acceder a una zona más amplia; una oquedad de unos veinte metros de ancho con un techo bastante alto, por lo menos de cinco metros, calculó. La irregularidad del terreno le hacía pensar en una cueva natural, no en un túnel de los refugios subterráneos de cuando la guerra como en un inicio había barajado.

Sin acabar de salir del túnel, se asomó con precaución: no se advertía movimiento a la luz de la suave fosforescencia que emanaba de paredes y techo.

Avanzó poco a poco, hasta agacharse tras una pila de restos. ¿Qué era todo aquello? Al igual que el túnel de acceso la sala estaba repleta de todo tipo de trastos. Durante el trayecto se había encontrado con cosas de lo más variado: radios y televisiones viejas, revistas en cajones. En una ocasión había tropezado con algo que ahora sostenía en su mano izquierda… un gladius romano, en perfecto estado pese al polvo que lo cubría.

La naturaleza de aquel lugar se le escapaba, pero, aun así, asió con firmeza el arma y siguió avanzando entre los montones. Oyó un quejido a su derecha, cerca de aquella nevera con un globo rojo de helio sujeto al

picaporte, un globo que seguía flotando contra toda lógica.

"A menos que lleve poco tiempo ahí", razonó mirando a su alrededor para que no le sorprendieran.

Otra vez el quejido.

Se asomó por el lateral de la nevera procurando no tocarla, la sangre martilleándole las sienes, la respiración pesada…

—Por el amor de Dios… —le llegó antes el olor que la imagen, a podrido y heces viejas, como el de un corral abandonado y allí, en medio de restos de tela y suciedad, notó un pequeño bulto que se agitaba.

Se inclinó para recogerlo con cuidado, los dientes apretados y su miedo casi olvidado. Entre sus brazos tenía un bebé de meses, cubierto de arañazos y sangre, los ojos entrecerrados y la respiración muy débil; estaba muy mal.

—Hola, pequeñín —susurró acariciándole las mejillas. Estaba helado, ni siquiera reaccionaba. Miró a su alrededor, seguía sin ver a nadie, pero examinar el suelo cerca del pequeño hizo que su ansiedad aumentara varios enteros.

¡Tenía que llevarlo a un hospital ya!

Improvisó con su chaqueta un hatillo y lo usó para sujetar al niño contra su pecho, iba a tener que correr mucho y necesitaba las manos libres por lo que pudiera pasar.

Lanzó una última mirada a su alrededor intentando traspasar la oscuridad, ni secuestrador ni pederasta. Había reconocido el olor, había reconocido los restos que se amontonaban a su alrededor: aquello era un osario, la madriguera de algún animal grande y entre las cabezas de perros y gatos, había algunos cráneos pequeños que tenían que ser humanos.

Vio despejada la ruta hacia el túnel y corrió directo, con zancadas tan grandes como podía, con miedo, con tristeza, con infinita ira. Iba llorando cuando accedió a la entrada y apenas tenía unos metros recorridos cuando oyó tras de sí el ruido de cacharros siendo desplazados y de pilas de trastos cayendo.

La persecución había empezado.

6

Kevin miraba el chorro humeante de café mientras aguardaba a que la máquina expendedora acabara su trabajo. No es que le gustara

especialmente el café, pero si haces turno de noche es uno de tus mejores aliados, sobre todo si era tan fría como empezaba a ser esta. Él y su compañero Dimas se habían refugiado en el interior del local de máquinas de venta automática que algún emprendedor avispado había colocado frente a la parada de taxis donde trabajaban. Sospechaba que la naciente franquicia era cosa de alguno de sus compañeros de oficio, porque lo curioso era que estaban apareciendo en los puntos más habituales de recogida de clientes; algunos tan poco evidentes a primera vista, que solo un taxista con experiencia los habría identificado. Vaya, si hasta habían abierto una en la calle Miranda. Esa que no iba a ningún sitio, por así decirlo, dado que no daba a ninguna calle comercial ni colegio. No tenía sentido ponerla ahí, a menos que supieras que había cerca al menos tres pisos de prostitutas y eso, aparte de los cuatro vecinos, el único que lo habría advertido sería un taxista que dejara y recogiera clientes en esa zona. "A las putas les gusta el dulce", ¿Quién le había dicho eso?

De repente se dio cuenta de que su compañero le tocaba el hombro:

—El café, cógelo ya narices, me saque yo otro —le estaba diciendo Dimas.

—Ya voy, ya voy —le contestó mientras recogía el vaso de plástico de la máquina.

—Te has quedado empanado, llevo rato hablándote y ni caso. Ya te pareces a mi exmujer —refunfuñó Dimas metiendo monedas por la ranura. Una de ellas se resistía a quedarse dentro y caía una y otra vez al cajetín del cambio.

—Me cago en la p… ¿Tienes cambio? —se giró hacia Kevin.

—Sí, toma —le contestó este ofreciéndole una moneda idéntica a la que no le admitía la máquina. Dimas se la cogió, pero no le dio la defectuosa; decir que era agarrado es faltar a la verdad, era tacaño con avaricia. A saber, lo que tendría que haber aguantado su exmujer con él, no pudo menos que pensar Kevin con media sonrisa en la cara y sorbiendo el café.

— ¿Y ahora de que te ríes? —se mosqueó Dimas al mirarle.

—De nada hombre. —le contestó Kevin —¿Y cómo has dicho que quedaste con el tío ese? —intentó retomar la conversación previa desde el último punto que recordaba.

Dimas, removiendo el café con una cucharita de plástico demasiado corta para el tamaño del vaso, meneó la cabeza en sentido negativo.

—Nada, al final estaba tan mamado que tuve que cogerle yo mismo el dinero de la cartera y cobrarme el viaje. Lo dejé sentado en el portal de lo

que decía que era su casa y que le dieran. El asiento de atrás vomitado de arriba abajo, casi tres horas para dejarlo en condiciones otra vez. Su puta madre, casi toda la noche fuera de servicio por su culpa, tarado de los cojones.

Kevin sospechaba que se habría cobrado a base de bien la limpieza del vehículo de la cartera de ese cliente. Miró con disimulo a Dimas de arriba abajo. El tío era bajito y gordo y bastante vulgar, de cara redonda y casi sin barbilla y la cabeza algo más grande de lo normal. Menuda pieza. Gente así le daba mala fama a la profesión… En realidad, gente así le daba mala fama a lo que fuera. Eran compañeros habituales en la parada de taxi, pero nunca lo podría considerar amigo. Los Dimas del mundo no tenían amigos, si tenían que darte una puñalada por detrás por su propio interés, lo harían sin pestañear y después cogerían suelto de tu cadáver para sacarse un café gratis…

— ¿Y ahora por qué me miras así? —le soltó Dimas.

"Madre mía", pensó Kevin. "Tengo que dejar de exteriorizar las cosas".

Optó por no contestar y salió hasta la entrada del local. En el parque de enfrente se enredaban girones de niebla entre los árboles y la débil lluvia ya había empapado vehículos y aceras. Un rato antes había observado a una pareja joven sentarse en uno de los bancos del parque y ya no alcanzaba a verlos. La visibilidad se había reducido mucho.

Dimas se puso a su lado sorbiendo un cortado.

— ¿No dicen que si llueve no hay niebla? —le preguntó mientras miraba también hacia el parque.

—Ni idea —contestó Kevin.

A lo lejos se había oído el ruido de la sirena de una ambulancia, pero ahora la calle se encontraba en completo silencio. Podía oír el mecanismo del semáforo cercano haciendo el cambio de luces y el rumor de los motores de las máquinas de venta automática, amortiguado, detrás de él. Sí que era una noche rara; sería por el tiempo, pero estaban teniendo muchos menos servicios de los habituales y no había un alma por las calles. Normalmente, y aún con mal tiempo, siempre había cierto tráfico de gente procedente de la última sesión de los cines o de los locales de copas.

De repente, un rumor de pasos rápidos le sacó de su ensimismamiento y se giró a tiempo de esquivar, por poco, una figura con capucha que pasó por su lado como una exhalación, perdiéndose calle abajo entre la neblina. Dimas no había tenido tanta suerte y estaba en el suelo gritándole obscenidades al corredor, el café se le había caído encima del pantalón

dibujándole una versión libre de la península itálica.

—Levanta —le dijo Kevin extendiendo su mano para ayudarle. Dimas se la cogió y se levantó con dificultad y resoplando:

—La madre que lo parió, cabrito… —los improperios surgían de la boca de Dimas a toda velocidad y había que conceder que algunos eran bastante creativos. Hasta hizo amago de salir tras el de la capucha, aunque ya no se le veía. Kevin intentó mantenerse serio, pero le estaba recordando a un humorista de la tele y las carcajadas pugnaban por liberarse.

—Vamos dentro y te saco otro cortado, venga, déjalo estar. Ese tío ya estará muy lejos y ni te oye. —le dijo para tranquilizarle. En realidad, al otro cortado también te había invitado, pensó Kevin.

Refunfuñando e intentando secarse la mancha de los pantalones con un pañuelo de papel, Dimas le siguió de nuevo dentro del local.

Mientras buscaba las monedas, Kevin reflexionaba sobre el corredor, había atisbado su rostro por un segundo y le había impactado el horror y la urgencia que reflejaba.

7

Eneas saltó a la carrera por encima de un retrete, esquivó como pudo unas escaleras de mano de pintor y logró salir por el lateral del edificio. Ahora la lluvia caía con fuerza. El recorrido a la inversa del túnel había resultado ser igual pero distinto. Distinto porque, aunque el trayecto era el mismo, la cantidad y variedad de obstáculos no lo era. Tampoco se paró a pensar en ello, en sus oídos solo sentía los enloquecidos latidos del corazón que se quejaba de todo aquel inédito esfuerzo. La saliva le caía por la comisura de los labios de una boca que se abría y cerraba buscando aire con urgencia y lo que fuera que los persiguiera, estaba cada vez más cerca.

Miró con rapidez hacia atrás, sin ver nada. Creía que era algún tipo de animal, pero salvo el ruido de los objetos que desplazaba o golpeaba en su camino aún no alcanzaba a distinguirlo. Vio delante un montón de cajas de madera con garrafas de cristal grueso y verde con asas de mimbre y trepó por ellas con la inercia de la carrera, ayudándose con una mano. La otra sostenía la cabecita del bebé que viajaba inconsciente sujeto a su pecho. Ni un quejido desde que salieron de la cueva: "por Dios que no esté muerto" repetía en su mente una y otra vez como un mantra.

Aterrizó del otro lado del muro, ya en el callejón, y una pierna le falló y la rodilla golpeó el suelo con fuerza, con demasiada fuerza. El dolor del impacto le hizo apretar los dientes y mientras reunía fuerza y aliento para

levantarse y seguir huyendo, algo saltó por encima de él.

Al principio no lo distinguía con claridad, una masa más oscura contra un fondo ya de por sí negro, que al intentar enfocarla parecía moverse hasta los bordes de la visión intentando desaparecer. Intentó no parpadear para no perder aquella cosa de vista mientras se ponía en pie. Con la mano libre buscó la espada romana que se había colgado del cinturón durante la carrera. El filo había hecho estragos en sus pantalones y del muslo le chorreaba sangre por los cortes superficiales, pero no había querido abandonarla por si tenía que defenderse y ahora se alegraba de ello. Aquello se movió hacia el centro del callejón y por un segundo, se interpuso ante la tenue luz de la lejana farola, dibujando una enorme silueta… con seis patas.

El estallido de pánico fue tan puro e irracional que consumió de golpe sus dudas y miedos. Sus sentidos se afilaron de repente y el callejón ya no era tan oscuro como antes. Observó a su alrededor y percibió más actividad junto a la pared de su derecha. Eran dos… no, tres; el aire se ondulaba en la pared izquierda a una altura de tres metros, cerca del alféizar de una ventana.

Respiró hondo y apretó el mango de la espada para que no le resbalara en la mano sudada. Más tarde habría tiempo para digerir toda aquella situación irreal, ahora no entraba en discusión nada que no fuera salir de allí con el pequeño con vida.

Sin aviso, sin un susurro, sin ni siquiera coger aliento, se levantó y corrió hacia adelante en un único movimiento, decidido a llegar hasta la puerta de su refugio carente de ventanas, esperando que la puerta fuera lo bastante resistente para mantener a esas cosas fuera. Tenía claro, que correr hacia la salida dándoles la espalda, era una muerte segura. El refugio era la única y más cercana opción, eso suponiendo que pudiera pasar entre ellas.

Fue directo hacia la que le obstaculizaba el paso en el centro del callejón y le pareció que eso hizo dudar a la criatura, que retrocedió unos pasos.

“Carroñeros”, pensó. “No están acostumbrados a que los enfrenten”. Su mente iba a toda velocidad, como si el pánico al enfrentarse a algo imposible hubiera eliminado toda la maleza y el polvo acumulado durante años de sobrevivir en las calles con el piloto automático puesto.

Bajó la mano armada hasta la cintura y cuando ya estaba casi encima de la criatura se agachó y giró sobre sí mismo como una peonza humana y lanzó un tajo ascendente usando la inercia y toda la fuerza que pudo reunir. Ni siquiera pensó en lo que hacía y por qué, pero un arco de sangre oscura brotó por debajo de la mandíbula de aquella cosa que saltó de lado, cayendo sobre su compañera en un amasijo de mordiscos y

gruñidos.

Siguió corriendo hacia la puerta camuflada mientras intentaba distinguir a la tercera de ellas que se mantenía todavía colgada de la pared lateral del callejón, como una gigantesca araña. Observaba a sus compañeras y no a Eneas, que aprovechó para sacar la llave y pasar por su lado en dirección a la puerta. Golpeó las uralitas al pasar por debajo de ellas a trompicones, notaba como el subidón de adrenalina le abandonaba con rapidez y su cuerpo se desmoronaba. El sudor le caía a chorros por la cara y las manos húmedas hicieron que casi se le cayera la llave al suelo. Había conseguido ponerla en el candado cuando algo empujó el contenedor y las uralitas hacia la pared con enorme fuerza, aplastándole contra la puerta y dejándole sin aliento. La criatura de la pared finalmente había dejado de prestar atención a sus compañeras y saltado hacia donde estaba él. La presión cedió un segundo y lo aprovechó para girar la llave y sacar el candado. Otro empujón de aquella cosa lanzó por los aires la mitad de las placas de uralita y a él contra la puerta, que golpeó con la cabeza. Una brecha apareció en su frente y la sangre le corrió por la cara. A duras penas había conseguido no aplastar al pequeño esta vez. Se deslizó a un lado y entró al refugio justo al tiempo que aquella cosa destrozaba las últimas placas que se interponían entre ellos. Una de sus compañeras ya se había unido a ella y trataba de introducir una zarpa por la puerta que Eneas, haciendo uso de todo su peso y fuerza, apenas si podía mantener entrecerrada… si no conseguía poner el candado estaban perdidos. Ya no había una zarpa intentando acceder al interior, eran dos, eran tres y la puerta se iba abriendo pese a sus desesperados esfuerzos por mantenerla cerrada.

Entonces algo impactó de súbito contra las criaturas, lanzándolas fuera de su vista, y abriendo la puerta con tal fuerza que lo tiró al suelo. Una figura empapada se perfiló frente a la entrada:

— ¿Está bien? —le gritó sin entrar —¿Está bien? —Insistió. Eneas sorprendido apenas pudo farfullar una respuesta, a lo que el hombre contestó de forma afirmativa con la cabeza. Vio que se giraba a mirar a un lado:

— ¡Ya vuelven! ¿Puede cerrar la puerta? —le preguntó el desconocido.

— Creo… Creo que sí… —contestó Eneas levantando el candado —pero no sé si aguantará.

— Pues me los llevo, haré que me sigan, a las calles, a las luces. ¡Yo qué sé, pero escóndase! —contestó el desconocido al tiempo que se alejaba de la entrada.

Con manos temblorosas Eneas acertó a cerrar la puerta y colocar el cerrojo. Después se giró y fue hacia el enorme escritorio de madera.

Como pudo, lo empujó delante de la puerta y después se quedó expectante, el oído pegado a la pared por si oía algo fuera.

Aún en el callejón, bajo la lluvia, Brian evaluaba sus opciones.

Durante la última parte de su trayecto, ya no había corrido, había volado casi por las calles desiertas atento solo a esquivar los obstáculos, al ruido de su respiración desbocada. Nunca había corrido tan rápido ni tan lejos, agobiado por la completa e irracional certeza de que no iba a llegar a tiempo.

Al llegar a una esquina la inercia le había impedido completar el giro y golpeó uno de los escasos buzones de correos que aún quedaban en servicio, así que a partir de ese momento optó por saltar por encima de los obstáculos o de tomar las curvas más amplias, aunque fuera a costa de circular por la carretera. Hacía un rato había tirado a alguien al suelo al no ser capaz de esquivarlo a tiempo. Por suerte el clima era su aliado y no tropezó con casi nadie en las calles. La lluvia se había convertido hacía rato en una cortina espesa que apenas dejaba ver algo a unos metros, pero no le había frenado.

Y al fin entró al callejón como un tren fuera de control a tiempo de ver volar las placas de tejado, vislumbrar al hombre que intentaba introducirse por la puerta y a las cosas que le perseguían y decidir que se iba a lanzar contra ellas.

"¿Decidir?", pensó Brian. "No tío, tú no piensas… mira esas cosas".

Tras la embestida inicial de Brian, las tres criaturas se habían agrupado unos metros más allá. Era la segunda vez esa noche que las sorprendían, después de meses de cazar impunes e inadvertidas, y se iban a tomar su tiempo con la nueva presa.

Buscó a su alrededor algo, cualquier cosa que le pudiera servir como arma, pero solo atinaba a vislumbrar cartones mojados y algún madero podrido. El corazón cada vez le iba más rápido; había llegado allí lleno de una urgencia y determinación que de repente parecía ir desvaneciéndose, dejando al Brian de siempre, el joven vulgar y corriente que intentaba pasar desapercibido, en una situación de peligro absolutamente surrealista. Apretó los dientes que le empezaban a castañear por el frío y cerró los puños sin dejar de mirar con fijeza a las tres bestias.

Una de ellas avanzó unos pasos hacia él, del tamaño de un oso grande, cabeza alargada como la de un reptil… Brian sacudió la cabeza, ¿por qué no acababa de verlas con claridad? No era solo la oscuridad o la lluvia, si intentaba enfocarlas era como si sus siluetas ondularan y se confundieran

con el fondo del callejón. Algo así no debería existir.

Las otras dos también se estaban moviendo, abriéndose en abanico. Brian se daba cuenta de que, de haber dispuesto de más espacio, le estarían rodeando. No pudo evitar pensar en unas hienas rodeando a su víctima, hostigándola hasta que cometía un error o se debilitaba y caía de rodillas.

Cada vez estaban más cerca. Tendría que intentar huir y regresar por dónde había venido. Rezaba porque las piernas le respondieran tan bien como lo hicieron para traerle hasta aquí. Comenzó a retroceder con lentitud mientras en su cabeza comenzaba una cuenta atrás.

De repente, las tres criaturas alzaron sus cabezas al unísono, como escuchando algo que Brian no alcanzaba a percibir. Por unos segundos le pareció que cruzaban entre ellas miradas de indecisión, hasta de frustración, sobre todo la que sangraba y que se giró hasta dos veces a contemplar la puerta tras la cual se había refugiado aquel hombre.

La más próxima a Brian se giró hacia las otras dos y produjo un sonido extraño que le puso el vello de punta. Acto seguido, comenzó a ascender por la pared a gran velocidad y las otras dos le siguieron, saltando de un apoyo invisible a otro hasta que llegaron a la azotea. Por unos segundos, la que tenía el corte abierto, se asomó contemplándolo desde las alturas. Después desapareció también.

Brian quedó allí, de pie bajo una interminable cortina de agua helada. Inclinó la cabeza y se apoyó en la pared, incapaz de retener las arcadas, pero en su estómago no había nada que pudiera evacuar… consciente de forma repentina, de que había estado a punto de perder la vida cuando ni siquiera había comenzado a recuperarla.

8

Eneas continuaba con la oreja pegada a la puerta, pero no conseguía escuchar nada que no fuera la lluvia cayendo sobre las tapas de los contenedores.

Retrocedió un poco, contemplando la puerta. Siempre le había parecido sólida, suficiente para frenar a cualquier curioso aún en el supuesto de que la encontraran… pero esto… estas cosas… Contemplaba los surcos de las garras en la pared y los marcos de hierro, la deformación del metal en los puntos donde habían golpeado…

Lanzó una breve mirada a su alrededor, preñada de resignación y angustia. Hora de irse, su diminuto hogar ya no era seguro.

Inclinó la cabeza para observar al pequeño todavía sujeto aún a su pecho con el improvisado hatillo. El poco calor que le había podido transmitir

parecía haberle revivido un tanto.

Fue al rincón donde tenía su colchón y lo depositó en el con extremo cuidado y ternura. Lo revisó con rapidez y solo advirtió cortes superficiales y algún moratón; no parecía tener nada roto. Su pijamita azul estaba rasgado por delante, así que supuso que es de ahí de dónde lo llevaron sujeto aquellos engendros al transportarlo en sus mandíbulas. No atinaba a imaginar por qué razón aún seguía vivo; no era la forma de actuar de un animal el dejar intacta una presa aún si la llevaba a su guarida… Nada esa noche tenía el más mínimo sentido.

Lo contempló unos segundos, acariciando la escasa pelusa rojiza de su cabecita; los ojos aún del azul plomizo de los recién nacidos.

Lo envolvió lo mejor que pudo mientras sentía de nuevo crecer una ira inédita en su interior. Rasgó la sábana y la uso para volver a colocar el niño sobre su pecho. Introdujo sus escasas pertenencias en la vieja mochila y descartó el carrito de la compra, pero no el gancho, que se colgó del cinturón. Lo hizo con la velocidad y la precisión del que está acostumbrado a tener que salir huyendo en cualquier momento.

Intentaba no pensar en lo que pudiera estar ocurriéndole ahí fuera a su providencial salvador.

Sacudió la cabeza:

—Demasiado, es demasiado —murmuraba.

Estaba hiperventilando y el golpe en la cabeza no dejaba de sangrar.

—Céntrate Eneas —se dijo a sí mismo —Hay que irse.

Ahora bien, esto planteaba otro dilema. Al fondo de su querido refugio, al lado del estante grande con los viejos archivadores, había otra puerta grande de dos hojas, de gruesa madera que en sus días de actividad proporcionaba acc